

## Neus Espresate y Era: tinta y grafías para la disidencia

María Eugenia Ávila Urbina

Una falta en la historia de la cultura que sin duda debería enmendarse es la poca atención prestada a la obra de los editores. Pero, “¿se puede hablar de obra en el caso del editor (una obra distinta a las obras que publica)? ¿Hay una creatividad editorial propiamente dicha?”<sup>1</sup> Son preguntas que el escritor Gabriel Zaid se formuló alguna vez y a las que respondió afirmativamente porque la creatividad editorial sube de nivel el diálogo, estimula, anima, encauza las ideas, sabe a quién convocar y darle voz; en suma, reconoce aquello que necesita nacer.

Pocos son quienes poseen ese instinto capaz de descubrir los temas y tratamientos inéditos que gritan por salir a la luz. Neus Espresate Xirau, editora y cofundadora de Era, fallecida el pasado 21 de febrero, lo tenía. Su incansable batalla por dar a conocer libros que en los años sesenta y setenta del siglo pasado nadie quería publicar y el enorme apoyo que dio

a la difusión del pensamiento de izquierda así lo atestiguan.

Para recordarla retomé una conversación inédita que sostuve con ella en 2011, durante la cual habló de su infancia marcada por el franquismo y su llegada a México, así como de la fundación y desarrollo de Era, proyecto cultural al que dedicaría su vida.

Contrario a su talento para dar a luz tantos libros, y a su nombre claro, Neus (Nieves), sus inicios fueron sombríos. Nacida en 1934 en Canfranc, municipio español situado en la frontera con Francia, padeció durante la Guerra Civil y la posguerra la suerte que en aquella época corrieron muchos de sus coterráneos: represalias, exilio, persecución y cárcel. Neus sufrió la prisión junto con su madre, Filo Xirau de Espresate, y sus hermanos (Francisco y Jordi) cuando apenas tenía cinco años. Su padre, Tomás Espresate, había sido un destacado líder socialista en la provincia de Huesca en los años treinta. La conflagración condujo a los Espresate a París, donde Tomás trabajó en el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles. Con el recrudescimiento de la persecución regresaron a España en 1941, “pero sólo mis hermanos y yo” –aclara Neus con voz apenas audible– “porque mis padres no podían, si volvían los fusilaban. Entonces papá y mamá vinieron a México y yo y mis hermanos volvimos a España; ahí vivimos cinco años sin ellos, bajo la supervisión de la Cruz Roja Internacional; fueron años muy duros”, comenta con una mirada que la aleja del presente.

Al fin en 1946 sus padres lograron reunir dinero suficiente para montar un departamento y llamar a sus hijos, así “otra vez se reunió toda la familia” –señala la editora con una sonrisa que da brillo a sus ojos preñados de grafías–; “para entonces yo tendría 12 años”.



A finales de la década de los cuarenta Tomás Espresate y Enrique Naval fundaron la Librería Madero, situada en el Centro Histórico. Ahí se reunían otros refugiados españoles y amantes de los libros, poetas, escritores y críticos. El amargo exilio español trajo a México a intelectuales apasionados de los libros que decidieron ejercer la libertad de expresión aun en tiempos de censura.

<sup>1</sup> Gabriel Zaid, “Lo que pedía nacer”, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*. Revista dirigida y fundada por Octavio Paz (México: FCE, 2001) 47.



Neus Espresate. Foto de archivo de Ediciones Era

Neus trabajó desde muy joven en la librería de su padre. “Como no existían posibilidades económicas para salir, nos pasábamos las vacaciones en la librería”. Alta, delgada, atendía a los clientes, envolvía sus libros para regalo, les hablaba de las novedades editoriales: “allí empezó para mí una relación tremenda con los libros y la lectura”.

De movimientos suaves y pausados, confiesa ser fanática de la

novela del siglo XIX: “de vez en cuando todavía me voy al XIX y soy muy feliz”. Entre los autores que siguió toda su vida están Tolstoi, Jane Austen y Emily y Charlotte Brontë. Lectora voraz de diarios y amante de la política, también se daba tiempo para practicar la natación y hacer pesas, lo cual quedaba de manifiesto en la armoniosa figura que aún conservaba.

Para 1951, cuando Neus tenía 17 años, Tomás Espresate y su socio decidieron crear una pequeña imprenta, la Imprenta Madero, donde trabajaban el pintor y escultor Vicente Rojo y José Azorín, así como los hermanos Espresate, todos ellos amigos y compañeros de organizaciones antifranquistas. Al experimentar la dificultad de incidir en la situación de su país de origen, parte de esta nueva gene-

ración (hijos de refugiados republicanos) emprendieron proyectos editoriales (Era y Joaquín Mortiz) que intentaban, a fuerza de tinta y palabras, alejar de dogmatismos y autoritarismos a los lectores.

Hacia 1959 Rojo propuso a José Azorín y a los Espresate la creación de una pequeña editorial. Así nació Era en octubre de 1960, al imprimir *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez, primer libro sobre la Revolución cubana publicado en México, el cual además de suponer un éxito de ventas, puso de relieve una de las características distintivas de esta empresa: su decidido compromiso político.

Para entonces Neus había estudiado Biología en la UNAM y estaba casada con el neurofisiólogo Augusto Fernández. A sus 26 años y con tres hijas pequeñas, al lado de Vicente Rojo, tomó las riendas de la editorial. A Espresate y Rojo, además de Azorín (con cuyas iniciales se formó el nombre Era) se sumaron otros hijos del destierro español como Pilar Alonso, Nuria Galipienzo, Carlos Fernández del Real, Adolfo Sánchez Rebolledo y Estela Forno. “Pero el gran pilar de Era siempre fue Vicente; él y yo hemos trabajado codo con codo durante más de cuarenta años, hicimos una mancuerna de trabajo casi perfecta”, dice Neus, con gesto que denota un cariño entrañable.

Teníamos un equipo fantástico. Había mucha retroalimentación entre autores y lectores. Entonces la ciudad era otra, podíamos sentarnos a tomar café y platicar y, por ejemplo, salía a cuento que fulanito estaba trabajando una tesis de tal tema. La colección Problemas de México se alimentó de esas recomendaciones.

Para que en tan poco tiempo Era llegara a conjuntar el equipo de escritores que la caracterizó fue vital

el hecho de que Rojo colaborara con dos de los grupos culturales más importantes de la época, el de los suplementos (*México en la Cultura* que poco después se convertiría en *La Cultura en México*) de Fernando Benítez, y el de la *Revista de la Universidad de México* de Jaime García Terrés, cuyos equipos coincidían en cuanto a sus integrantes: allí estaban Carlos Monsiváis, Sergio Pitol, Elena Poniadowska, José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes, Tomás Segovia, Juan García Ponce, José de la Colina, Augusto Monterroso, Margo Glantz, José Joaquín Blanco, Juan Gelman, entre otros.

Las dos primeras colecciones se iniciaron con obras de Benítez, quien para Rojo era, según Neus, “amigo entrañable, maestro, gran periodista y editor, que apoyó al equipo de manera inimaginable”. La editorial tuvo entre sus objetivos iniciales publicar a autores con propuestas nuevas tanto en los contenidos como en las formas. Otro de sus rasgos distintivos fue que muchos de sus libros eran primeras obras; es el caso de José Emilio Pacheco, a quien la editorial le publicó en 1963 su primer poemario, *Los elementos de la noche*.

A pesar de la inexperiencia de sus fundadores Era se convirtió en una casa editorial con libros de contenido y diseño originales; algunos de sus principales escritores provenían de las generaciones del Medio Siglo y la ruptura. El pensamiento progresista y antimperialista también encontró allí su lugar, así como los temas más incómodos para el gobierno.

Aunque novatos, tuvimos suerte al contar con el mejor guía: Fernando Benítez. Siempre recordaré la tarde que llegó con un libro rojo encuadernado: era el *Stalin* de Isaac Deutscher, en francés, y dijo: “Este libro lo tienen que

publicar”. Nos encantó, hicimos la traducción y se publicó cuando en México nadie se atrevía a hacerlo.

Espresate también reconoce otra figura clave en su formación: Arnaldo Orfila, entonces director del Fondo de Cultura Económica, a quien consideraba un generoso mentor. “En el FCE, Orfila dio órdenes de que cuando yo llegara todos abrieran la puerta de la oficina a la que tocara y me dieran información; mis preguntas eran muchas, pues por entonces no sabíamos nada de nada, nos fuimos haciendo en el camino”.

La mujer de carácter reservado que siempre prefirió resguardarse tras los libros que, según José Emilio Pacheco, “también son obra suya” y para quien la conservación de la memoria es una de las principales responsabilidades del editor, recuerda cómo se ayudaban entre ellos a conseguir libros para sus respectivas editoriales. Relata que en 1961 Orfila publicó *Escucha, yanqui*, del sociólogo C. Wright Mills, el cual hablaba sobre la Revolución cubana. Ese libro, sumado a *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis, fueron dos pretextos que usaron sus detractores para que Díaz Ordaz lo sacara del FCE en 1965. Debido a esos problemas, y dado que ya no podría publicar *La democracia en México* de Pablo González Casanova en el Fondo, “entonces nos lo pasó y lo publicamos en Era”.

Teníamos la idea de que toda la discusión de la izquierda que había en esos momentos en México y el mundo debía reflejarse en materia editorial. Hay un libro para cada acontecimiento relevante, como si quisiéramos contar la historia no oficial a través de nuestros libros, que incluían temas de marxismo, *apartheid*, castris-

mo, la emancipación de la mujer y otros. Publicamos a los disidentes y a los perseguidos como Solzhenitsyn, Mandel y Deutscher en los años sesenta, y para los setenta editamos las obras completas de José Revueltas.

Entre los acuerdos que tomó el equipo que conformó Era estaba el hecho de que ninguno de los integrantes cobraría por su trabajo. “Jóvenes y poco realistas, decidimos que nadie debía vivir de la editorial para no comercializarnos, que todo había que hacerlo en aras de la política y la literatura, y así trabajamos 11 años sin cobrar”.

Fue hasta 1971, con la aparición de dos libros del movimiento estudiantil del 68: *Los días y los años* de Luis González de Alba y *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska –los cuales reportaron una ganancia económica sin precedentes–, cuando los trabajadores de la pequeña editorial al fin empezaron a recibir un salario. “Entonces todavía había un dolor muy grande en esta ciudad por el 2 de octubre. Cuando editamos estos libros pensamos que tendrían muchos lectores, pero nunca imaginamos un éxito de ese tamaño”.

Otra de las claves del éxito de Era fue quizá que, aunque su catálogo no incluía libros de texto, muchos de ellos funcionaban como tales:

eran libros con una visión crítica para los universitarios, quienes los usaban en sus clases. Por ahora los dos libros de mayor venta –comenta Neus con orgullo– son *Las batallas en el desierto* de Pacheco y *Aura* de Fuentes, porque son textos recomendados en las escuelas y eso cambia por completo la vida de un libro.

**Tras bambalinas, sin reflectores, gracias a la mente editorial de Neus Espresate contamos con libros canónicos y su legado no queda sólo en quienes la conocimos sino que alcanza también a las generaciones por venir.**

Se logra, por ejemplo, vender 30 mil en el año.

Neus Espresate, correctora de ojo implacable, poseedora de una intuición editorial y un olfato político de gran agudeza, a quien muchos admiran su ecuanimidad para lidiar con egos, temores, manías, informalidad y neurosis del equipo de escritores de Era, confiesa que una de las épocas que recuerda con mayor nostalgia es la de *Cuadernos Políticos*, revista trimestral que duró de 1974 a 1990, cuyo surgimiento coincide con el cierre de gran parte de las revistas latinoamericanas a causa de las dictaduras.

Fueron 60 números de análisis económico, político y social de México y Latinoamérica impensables sin Adolfo (Fito) Sánchez Rebolledo. Cada semana nos reuníamos,

en mi casa, el comité editorial completo. Cada trabajo se discutía a fondo porque la política editorial dictaba que sólo si había consenso total se publicaba. Imagínate las discusiones que se armaban –comenta emocionada–. Allí aprendí muchísimo de todos: Carlos Pereyra, Bolívar Echeverría, Ruy Mauro, Arnaldo Córdova, Rolando Cordera, en la primera etapa; después Olac Fuentes, Cristina Laurell, Paloma Villegas y Héctor Manjarrez, entre otros.

Tras bambalinas, sin reflectores, gracias a la mente editorial de Neus Espresate contamos con libros canónicos y su legado no queda sólo en quienes la conocimos sino que alcanza también a las generaciones por venir. Para poner punto final a la conversación, Neus se levanta de su asiento, da la impresión de huir de la marea de añoranza que la arrastra con vigor a otros días. Me mira buscando un asidero y comenta emocionada:

Trabajar en Era fue una experiencia magnífica, era otro México. Nos conformábamos con tan poco, bastaba con que yo comprara jamón serrano, buenos quesos y whisky, y a cambio el equipo trabajaba conmigo hasta muy tarde. Era una entrega enorme la de todos, creíamos en lo que hacíamos, queríamos un cambio, un México diferente. **LPyH**

• **María Eugenia Ávila Urbina** es doctora en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas por el DIE-Cinvestav. Imparte clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.